

IV Charla Cuaresmal: María, misericordiosa con los pecadores



María es la madre que nos lleva a la misericordia. En la Anunciación-Encarnación María se convierte en Madre de la Misericordia cuando acoge a Dios que se hace hombre. Ella es capaz de aceptar el gran misterio que se presenta ante su corazón.

Misericordia significa volver el corazón hacia la miseria y María comprende que Jesús será el reconciliador de la miseria humana.

Como el padre de la parábola del hijo prodigo, María, la Madre de Misericordia, siempre sale a nuestro encuentro. Ella como Dios siempre da el primer paso y nos tiende su mano de ternura.

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia

La gran característica de la Reina Madre es ser “madre de misericordia”. “Cordia” y “miseri” son dos palabras que hablan del corazón y de la miseria. El corazón volcado, orientado hacia la miseria, hacia los miserables. La madre Reina es misericordiosa, tiene un corazón proclive hacia los más necesitados. No busca las élites, la high society. Es la madre preocupada por los últimos, por los desheredados, por los sin casa. Los ojos de la Reina-Madre son por eso, misericordiosos. Tienen a posarse amorosamente en aquellos que no cuentan, que pasan desapercibidos, a quienes nadie atiende, ni mira. Se suele decir que como seres vivientes vivimos, pero como seres humanos existimos. Para existir se necesita algo muy importante: no se existe solo porque tenemos vida, vida biológica, se existe cuando vivimos “ante la mirada del otro”. Es la mirada del otro la que nos concede el don de la existencia. María, la Madre-Reina hace existir a todo aquel que es necesitado, marginado, olvidado. Sus ojos llegan a todos, captan a todos. Ante la Madre nadie pasa desapercibido. Ante ella, todos adquirimos existencia. Ante ella nadie está solo.

¿Y si el hijo prodigo hubiera tenido madre?

No se la menciona en absoluto en la parábola, pero si hubiera existido, sin menospreciar de ninguna forma las lágrimas de una madre, ella hubiera hecho todo lo posible por retener al hijo menor, y habría convencido al padre de hacer lo justo para que el muchacho no se fuera, pero lo habría privado la gran oportunidad que éste tuvo, de pasar de ser simplemente el júnior, el baby de la casa a convertirse en un verdadero hombre, madurado con los golpes de la vida y no habríamos nosotros tenido oportunidad de gozarnos con el padre que abrazaba y se comía a besos al hijo cuando regresó a casa. Y a lo mejor ella sí habría logrado convencer al mayor de la necesidad de participar en el banquete de bienvenida alegrándose con el padre, en quien descubrimos la figura del Buen Padre, alegre por el regreso de todos sus hijos los hombres a su regazo y a su corazón.



Los desterrados hijos de Eva



La Salve se fija en la situación desgraciada en que nos encontramos muchas veces. El “valle de lágrimas” es un lugar en que nos encontramos cercados por los muros que nos aíslan, que nos encarcelan: allí donde no quisiéramos estar, donde compartimos el sufrimiento, las penas, las desdichas. Nos vemos sorprendidos, casi todos los días, por “malas noticias”, por experiencias de fracaso, de despedida... La vida de no pocas personas en la tierra, está plagada de “malas noticias”, porque viven en pobreza, porque padecen enfermedades crónicas, porque no tienen libertad... ¡Valle de lágrimas!

Recurrimos a María, desde esta situación, clamando a ella, gimiendo y llorando en este “valle de lágrimas”. Es tal vez una visión demasiado pesimista de la existencia. Pero ¿no estarán llorando hoy las familias que han perdido a sus hijos o esposos o padres? ¿No llorarán quienes se encuentran la división en la familia, el odio en el trabajo, el desprecio en la vida ordinaria?

Ante María nos presentamos como “desterrados”, “hijos de Eva”. Este valle de lágrimas y suspiros es un destierro, no es nuestra patria. Es un lugar fuera de casa... un lugar perverso, no-lugar. Por el pecado de Eva, y de Adán, fuimos expulsados de la casa paradisíaca. Y desde entonces vivimos en el valle del destierro. Somos herederos de una maldición. Desde esta tierra evocamos a nuestra primera madre, Eva. Pero, también desde esta tierra de destierro volvemos los ojos y los clamores a la nueva Eva. A ella clamamos. Ella puede liberarnos.

Los ojos de María

Pedimos a María que fije sus ojos en nosotros. Sus ojos destilan misericordia. Ese es su color, su identidad, su aroma: ¡ojos misericordiosos! Aquella que halló gracia a los ojos de Dios, tiene gracia y misericordia en sus ojos. Su mirada es capaz de restaurarnos, de devolvernos la vida, la esperanza, el consuelo.

“¡Vuelve a nosotros esos tus ojos!”. Es como si María tuviera sus ojos vueltos hacia otra parte, hacia su Dios, hacia su Hijo. Es como si María tuviera los ojos encendidos en el fuego del Espíritu y se olvidara de nuestra situación. ¿Qué le ocurrirá a María, por qué no dirige a nosotros sus ojos? Podríamos muy bien pensar que María oculta sus ojos porque llora. El pueblo, y cada uno de nosotros, que esto percibimos, le pedimos que vuelva a nosotros sus ojos, su mirada. Pero no sólo sus ojos, sino “esos tus ojos misericordiosos”. Le suplicamos una mirada comprensiva, amorosa, reconciliadora.



*Dejémonos mirar por María con sus ojos misericordiosos
mientras escribimos nuestro nombre sobre el corazón
que ofreceremos en el cofre como signo de conversión.*